CAPÍTULO I.

PREÁMBULO.

LA humanidad no ha podido todavía ponerse de acuerdo ni aun en el sentido de lo que mas le conviene. A pesar de todos los dogmas, de todos los sistemas filosóficos y de todas las leyes, el mundo está plagado de individuos excepcionales, de séres refractarios á todo sistema, de hombres, en fin, en cuyo cerebro entra la verdad disfrazada, maltrecha é insuficiente.

Sobre esos cerebros se há quemado el suyo la frenología, esforzándose en encontrar en la forma la causa eficiente de las excentricidades y de las estravagancias; y

despues de un maduro exámen ha exclamado satisfecha: «hay gentes que son así.»

El desacuerdo de la raza data de la antigua memorable fecha de la manzana; y cuando ni los dos primeros hermanos pudieron entenderse, ¿qué mucho que no nos entendamos nosotros todavía?

Las grandes conquistas de unidad y acuerdo han logrado cuando mas poner un millon de hombres frente á otro millon para probar su fuerza física: los tiempos primitivos nos presentan un vasto cuadro en el que los hombres se destruían á millares, movidos solo por el espíritu de conquista; y tal manía se ha perpetuado por desgracia, entre otras causas, por la muy poderosa de que hay «gentes que son así.»

Pero ninguna época es tan fecunda en ejemplos de esta especie como la presente, al menos para nuestro propósito.

Esta época tornasol en que vivimos nos ofrece engendros curiosos, tanto de individualidades vacilantes y equívocas, como de personas que, arrojando pelillos á la mar, se han conformado sencillamente con su manera de sér y se han lanzado á la vida armadas con un precioso salvoconducto en que se leen estas palabras: «yo soy así.»

Quédese para los sábios el dudar, para los débiles el temer y para los cavilosos el meditar; pero para los genios inquietos y para los que viven de prisa no hay cosa

mas natural que conformarse con lo que son, é ingresar en el número de las gentes *«que son así.»*

Cuando contemplamos á esas bienhadadas personas, nos arrepentimos de todo corazon de haber perdido el tiempo en indagaciones inútiles, en librajos y en manías de esta especie, sobradamente perniciosas en estos tiempos.

¡Dichosos mortales aquellos que, sin saber lo que cargan, llevan su alforja al cementerio, á donde con un *debe* y *haber* mas ó menos documentado, hemos de ir todos!

Esta es una hornada de séres completamente felices, que desde el vientre de sus respectivas madres vinieron al mundo dueños de la piedra filosofal.

Ellos atraviesan este valle de dolores con la sonrisa en los labios, y pasan sobre todas nuestras dificultades como Pedro por su casa.

Probad, si gustais, á hacerlos fijar en algo; habladles del mundo moral ó de algo que valga la pena de llevar en el mundo el título de sér pensador, y vereis cómo esas privilegiadas inteligencias se os escapan como el azogue, os contestan con una sonrisa estereotipada y os espetan riéndose la mas estupenda de las barbaridades..... Estremeceos en seguida de horror, escandalizaos cuanto os sea posible, y por toda vindicacion, por toda respuesta, os plantarán esta muletilla:

—¡Qué quiere vd.! «yo soy así.»

Encontraos con uno de esos séres felices, y no les no-

tareis ni perplejidad, ni asombro, ni mucho menos encojimiento; os esperan á pié firme, se os plantan delante siempre festivos, provistos de una abundante coleccion de risas que entrerenglonarán en el asunto mas sério; y como se han hecho el ánimo de prescindir de toda investigacion, afrontarán con el valor de la ignorancia toda vuestra sabiduría, por medio de estas ó semejantes frases:

—¡Qué quiere vd.! yo soy un bruto, yo no he estudiado ni entiendo una jota; pero no creo lo que vd. me dice; yo soy muy franco; ¡qué quiere vd., amigo, qué quiere vd.! «yo soy así.»

Ese dédalo que se llama ciencia, que se llama moral, destino del hombre, eternidad, espíritu, mas allá, y tantas otras cosas, es para las consabidas gentes parvedad de materia.

Y no se crea que tales gentes no sirven para nada, sino todo al contrario; son capaces de todo, están en todas partes, y para ellas se hicieron el placer y la vida, las comodidades y el sueño, la paz y la prosperidad; jamas les ha pasado por las mientes este terrible riesgo: ponerse en ridículo; ¡qué disparate! el ridículo es para todos, menos para las gentes «que son así,» y lejos de caer en tan hondo abismo, tienen el don de ridiculizar á los demas.

Se prestan á todo, y por medio de un sistema expeditivo, que les tiene mucha cuenta, pasan sobre todas las dificultades.

Si son fanáticos, se fabrican su Dios á su manera; si son progresistas, aceptan todo lo brillante; si son liberales, lo liberalizan todo; y no se les da un ardite de cuanto por acá abajo acontezca, ni de cuanto por allá arriba se les espere, «porque son así.»

A estos dichosos mortales nos toca seguirles el bulto en este tomo. Juntos hemos de sujetarlos al foco de nuestra linterna, en cambio de que ellos, «que son así,» nos dén sus propios perfiles, siquiera para que el lector los coteje detenidamente con los de algunos de sus conocidos.

CAPITULO II.

EN EL QUE COMIENZA LA HISTORIA DE UNA DE LAS GENTES QUE "SON ASI."

A las dos de la tarde de un domingo de Noviembre, llegaba el autor de este libro á Ciudad del Maiz, distrito de San Luis Potosí.

Mi compañero de viaje era un jóven de diez y ocho años.

El acontecimiento que turbó por un momento la triste tranquilidad del pueblo, fué nuestra llegada. Apenas tuvimos tiempo de descansar y de tomar alimento: los ecos de una música de viento hacian afluir á los pacíficos habitantes del pueblo á la maroma.

Mi compañero se puso contentísimo, y por nada de este mundo se hubiera quedado sin concurrir al espectáculo; y por mi parte, la circunstancia de poder conocer á los principales vecinos del pueblo reunidos en la maroma, me animó á ser de los espectadores.

Una hora despues, mi compañero y yo estábamos en el corral, que la compañía de funámbulos habia erigido en teatro.

La concurrencia ocupaba una gradería formada con vigas, y reinaba allí cierta confianza y bienestar, propios de una verdadera fiesta de familia; todos se conocian y se comunicaban entre sí; allí estaban la familia del señor cura, los españoles de las tiendas, los empleados públicos, los regidores, el juez y el prefecto; lo mas granado, en fin, de la ciudad.

Se destacaban deslumbrantes algunos trajes de señora, ya color de escarlata, ya amarillos, ó ya, en fin, abigarrados hasta ofender la vista; y brillaban aquí y allá algunos sombreros bordados con hilo de plata y lentejuelas; pero en todos los semblantes se dibujaba una benévola sonrisa de satisfaccion y de contento.

Aquella funcion era un acontecimiento ruidoso é inolvidable: la compañía ecuestre era de lo mejor que se habia visto, los ejercicios eran de lo mas bárbaro que pueda imaginarse, y sobre todo, habia una gran novedad:

Una cirquera.

Merced á la deferencia de algunas personas, para quienes éramos enteramente desconocidos, disfrutamos,

mi compañero y yo, de dos asientos en primera línea, y una vez instalados nos fuimos persuadiendo de que aquel espectáculo realmente no carecia para nosotros de atractivo.

Los ejercicios á caballo no llamaron mucho nuestra atencion, pues en realidad tenian poca novedad; pero cuando tocó su turno á la cirquera, nuestra atencion quedó de todo punto embargada.

Acompañada por el director y por el *payaso*, se presentó en el circo una jóven hermosísima, cuya sola presencia hizo prorumpir en un entusiasta aplauso á la concurrencia.

La jóven cirquera tendria diez y seis años, era blanca y poseia una magnífica cabellera color de castaña claro, que caia sobre sus hombros en profusion de sedosos rizos.

El óvalo de su rostro era perfecto, y en su mirada brillaba, á la par que la inteligencia, cierto aire de concentracion y de tristeza, que la hacia en extremo interesante.

Las líneas de su cuerpo eran purísimas, y contra lo que en general se nota en gentes dedicadas á ese ejercicio, el talle de la jóven era irreprochable, sus formas artísticamente modeladas y su traje riquísimo y de un gusto poco comun.

Llevaba una tunicela y corpiño de raso azul con franjas y fleco de oro, que caia sobre una pierna modelada y elegante: el pié era pequeño, fino y ricamente calzado.

Le presentaron un caballo negro de hermosa estampa, enjaezado con mantillon y pecho pretal azul de terciopelo.

El director ofreció, bajándola, la palma de la mano, y la jóven, poniendo en ella uno de sus pequeños piés, saltó al lomo del caballo, con no menos gracia que destreza.

Sin necesidad de arreglarse, se habia colocado sobre el cojin en una actitud tranquila y elegante, y se ocupaba de templar las riendas del fogoso animal, que se manifestaba impaciente por emprender la carrera.

El palafrenero contenia al caballo por los alacranes del freno.

En la concurrencia reinaba ese silencio que es la expresion del asombro y del interes: todos contemplaban á aquella jóven, creyéndose cada uno para sí, víctima de una fascinacion.

Tal es el prestigio de la hermosura, que la admiracion que causa se individualiza, y cada cual cree que la impresion que experimenta es superior á la de los demas.

—¿Realmente es tan hermosa esa muger? me preguntó mi compañero.

—Yo estoy admirado, le contesté.

En este momento rompió á galopar el hermoso corcel, y despues de la primera vuelta, la jóven, por medio de un movimiento rapidísimo, se puso de pié sobre el cojin.

El viento hacia ondular graciosamente, así los profusos rizos de su cabellera, como su corta y abundante falda azul, y sobre aquel pedestal movible, la arrogante figura de la jóven realzaba toda su belleza.

Noté que mi compañero estaba mas que absorto, estaba profundamente conmovido: sus ojos seguian con una

fascinacion febril el círculo que trazaba en el espacio aquella aparicion, cuyas actitudes académicas y el rápido movimiento le prestaban tal encanto que, perdida la idea de la pesantez, semejaba una verdadera aparicion aérea, una hija del aire, que, con un prestigio arrobador, se atraia las miradas y la admiracion de los espectadores.

No sé que habia de fantástico y de voluptuosamente aéreo en aquella muger, pues sus ejercicios parecian tan fáciles, tan naturales, que se comprendia que gozaba al ejecutarlos; no era el terror que inspira un peligro próximo, sino la fascinacion de una aparicion deliciosa lo que inspiraba aquella muger.

El público, despues de haberla admirado por largo tiempo, prorumpió inusitadamente en un grito de admiracion y en el mas estrepitoso de los aplausos.

Aquella jóven habia hecho cuanto humanamente se puede pedir al mas avezado maestro de equitacion, y por fin saltó ligera, y siempre graciosa, á tierra, y dando las gracias al público, desapareció del circo.

El público no dejó de aplaudir sino despues de haberla obligado á presentarse de nuevo por tres veces consecutivas.

Cuando volví la cara, mi compañero habia desaparecido de mi lado.

Ha sido preciso poner al lector al tanto del anterior episodio, que es el principio de la historia íntima de dos de los personajes de esta obra.

En cuanto á mi compañero de viaje, que es uno de ellos,

lo perdí de vista desde aquella tarde, y cuando algunos años despues lo he vuelto á ver, me ha relatado su historia, autorizándome para darla á luz, á condicion de ocultar su nombre y el de la cirquera.

Pero como el nombre haga poco al caso, daré al lector los que el mismo jóven me dió como seudónimo, conocido no obstante por algunos.

—Llámele usted á esa muger Estrella, me dijo.

Cuando hubo acabado de contarme su historia aquel jóven, me dejó en libertad de darle á él en mi novela el nombre que yo quisiera, y he preferido darle el de su padre.

Su padre se llama Alberto.

Hé aquí su historia:

El señor cura de un pueblo no muy distante de la capital, y cuyo nombre no debemos decir por no estar para ello autorizados, recibió un dia la visita de un vaquero, que era uno de sus feligreses y capataz de varias cuadrillas que, en faz de hermandad católica, representaban anualmente uno de los mas pingües ingresos del curato con motivo de las ceremonias de Semana Santa.

Lázaro, que así se llamaba el vaquero, no hacia á Lázaro precisamente por el papel que representaba en las ceremonias, pues preferia el de sayon, sino porque su jornal de medio año desaparecia en el cepo del curato antes de la semana Mayor.

Lázaro habia venido á ver al señor cura mucho antes de la cuaresma, y esto era raro porque nunca venia sino en Febrero.

—¿Qué novedad traes, hijo mio? le preguntó el señor cura al bueno de Lázaro.

—Esta criatura, contestó Lázaro enseñando al párroco un niño como de seis años, pues como su paternidad andaba encargando un *piltontle*, yo dije: pues á ver si quiere su paternidad esa criatura, que al fin ni padre ni madre que lo reclamen, porque no tiene, despues de Dios y de su paternidad, mas que á mi comadre, con perdon de su paternidad.

—¿Es huérfano?

—De padre y madre, con perdon de.....

—¿Y está bautizado?

—De eso sí no hay *costancia* en el pueblo; pero yo creeré que debe estar bautizado, pues cuándo no!.....

—¿Y cómo se llama?

—Pues, le nombran Alberto, para servir á su paternidad.

—¿Y de dónde es?

—Dicen que de San Pedro el de Abajo, que de allá lo trajeron.

—Bueno, dijo el señor cura, que se quede. Ven acá, le dijo á Alberto.

Este se acercó para que el señor cura lo reconociera: le tomó la cabeza y se la levantó para verle la cara, y sin duda el párroco era algo frenólogo, porque exclamó con cierta seguridad:

—¡Qué buena cara de pillo tienes! ¡A ver, á ver! ¿y qué tal come?

—Come sus tortillitas.

—Este chico ha de ser gloton, dijo el señor cura para sí, poniéndole los dedos cerca de las orejas; y agregó á poco:

—¿Y te hurtarás tus gallinitas?

Lázaro abrió la boca y miró con profundo respeto al señor cura, acordándose de que, entre otras, su comadre tenia al padrecito en opinion de santo.

En el robo de gallinas estaba precisamente el secreto de la donacion que Lázaro hacia al señor cura: Lázaro sabia muy bien que lo que le regalaba á su paternidad, era un redomado é incorregible ladron de gallinas; vicio por el cual, los muchachos de San Pedro conocian á Alberto por el apodo de *El coyote*.

Lázaro sintió cierto terror supersticioso por estar engañando al señor cura, pero por otra parte, estaba resuelto á deshacerse á toda costa del Coyote.

—Ya le quitarémos las malas mañas, dijo el señor cura. Mira, le dijo á Alberto, mira.

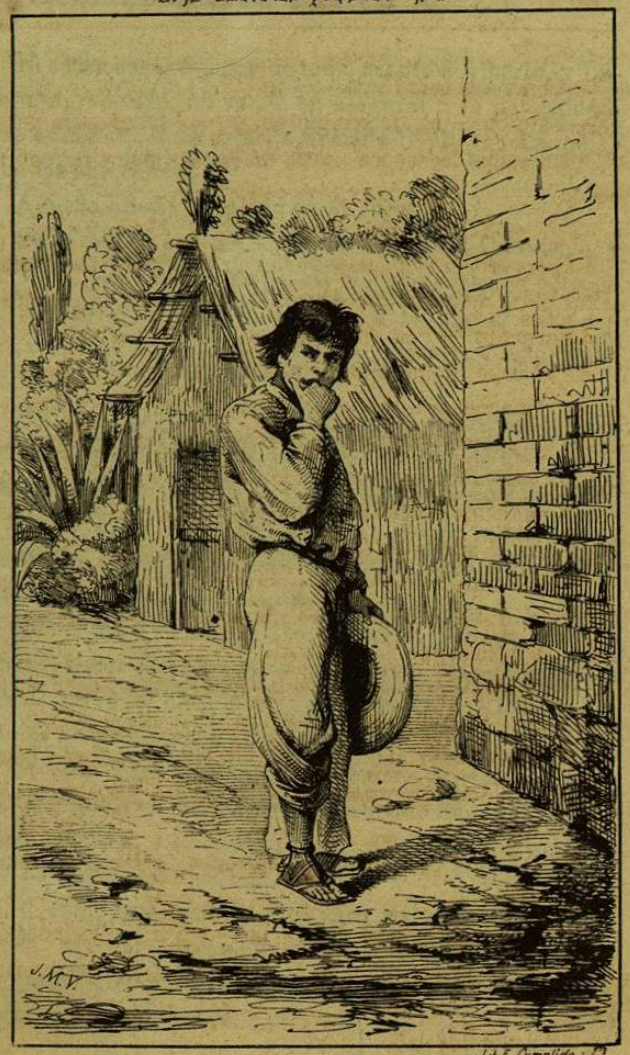
Y le mostró un retablo pintado, en el que un ángel combatia con flamífera espada á los demonios y los arrojaba al infierno.

—Este es el castigo de los ladrones. ¿Sabes los mandamientos?

Como es muy difícil hacer hablar á un niño indio de seis años y de las prendas de Alberto, Lázaro contestó por él:

—Apenas los sabe, padrecito.

LAS GENTES QUE SON ASÍ.



Lit. E. Cumplido

El mozo del Cura.

El señor cura, á pesar de todo, aceptó á Alberto, y Lázaro, agradecido, no vaciló en asegurar á su paternidad, que aquel año iba á estar la Semana Santa mucho mejor que las anteriores.

Alberto quedó instalado en el curato.

Se le dedicó con teson al aprendizaje del Catecismo, y Alberto, por mucho tiempo, no dió que decir: se portaba bien y crecia, y llegó hasta ayudar la misa al señor cura; aprendió á sacristan y era, en lo general, listo y servicial.

Pero tan luego como hubo sentado sus reales y reconocido la posicion, se entregó á sus hurtos, de los que habia prescindido solo por un refinamiento de aquel feo vicio.

Nadie pudo probarle que él era el que se robaba las formas en la sacristía, y nadie tampoco logró pillarlo apurando el vino para consagrar.

En cuanto á su aficion á la volatería, nada dejaba que desear; sabia cojer un pollo sin dejarlo piar, y para alejar el rastro de las plumas, las amasaba con lodo, fabricando proyectiles para su honda.

Soltaba despues, atado á un alambre, un cuarto de pollo en el puchero con tanta destreza, que nunca pudo verlo la cocinera; y en una palabra, Alberto era el mas hábil é ingenioso de los ladrones.

El cura, que conocia muy bien las tendencias de Alberto, ordenaba que nada se le negase, y despues de algun tiempo de observacion, se sorprendia de no ver realizadas sus predicciones.

—¡Será posible, decia el señor cura, que Alberto no se haya robado nada todavía! Entonces ó la frenología es mentira, ó Alberto es el mas hábil de los ladrones.

Así llegó Alberto á la edad de trece años.

CAPITULO III.

DESARROLLO DEL ORGANO DE LA ADQUISIVIDAD.

ALBERTO tenia costumbres extraordinarias: los domingos en la tarde se perdia.

Nadie sabia adonde iba, y si se le preguntaba decia que se habia estado en el campo espiando á las tusas ó cogiendo ratones; pero en realidad nadie podia dar fé de que en efecto tales fueran sus entretenimientos.

Habian desaparecido ya algunos objetos de valor, pero no se le habia podido probar nada á Alberto; al contrario, las sospechas siempre recaian sobre otro, que cargaba injustamente con la responsabilidad, porque Alberto